

OTROS

Por Milagros Oya



www.librototal.net

OTROS

La casa estaba oscura, fría. Ana encendió la luz y depositó las llaves sobre la mesa de la entrada. Arrastró lentamente los pies como si fueran de plomo a través del pasillo. Entró en su cuarto. Sin ni siquiera encender la luz se dejó caer sobre la cama. Tenía ganas de llorar pero se le habían agotado las lágrimas. Un sin fin de imágenes agradables se le amontonaban en el cerebro y sin embargo solo era capaz de sentir una profunda y helada angustia.

-Debí haberme marchado- dijo en alto.

Escuchar su propia voz la sobresaltó. Estaba sola. No había nadie en casa. La voz de Elena no volvería a sonar entre aquellas cuatro paredes. Ni en aquella casa ni en ninguna otra parte. Se lo repitió una y mil veces. Tenía que hacerse a la idea. Elena había muerto. Su coche se había estrellado contra un árbol al salir de la facultad.

-Con lo prudente que era- murmuró.

“Una maniobra desgraciada” había declarado la policía. “Un accidente”

Aquella palabra le martilleaba el cerebro.

-¡Maldita sea!- gritó poniéndose en pie.

No conseguiría nada tumbada en la cama echándola de menos y pensando lo que debía haber sido y no fue. La fatalidad había irrumpido en la vida de su amiga segándola para siempre.

Los últimos días habían sido terribles. Había llorado sin parar ante el cuerpo frío de su compañera junto con su familia. Desde ayer ya descansaba en el pueblo. Aquella

misma tarde el funeral que la universidad había organizado en recuerdo de la antropóloga que nunca alcanzaría el doctorado, había cerrado los actos en su honor. Ana se dijo que era el momento de abrir los libros y comenzar a preparar el último examen. Después de todo solo por él no había vuelto a casa y había decidido quedarse sola en el piso que durante unos cortísimos cuatro años, había compartido con su amiga de la infancia, la antropóloga Elena Méndez, desaparecida en un desgraciado accidente de tráfico.

Se acercó al escritorio. Encendió el ordenador. Se deshizo de los zapatos y del jersey. Se sentó ante la pantalla. Tenía que abrir el archivo de los apuntes sobre Freud. Quizás entre los epígrafes del temario de sicología encontraría uno que le ayudase a superar aquellos duros momentos. No iba a ser tan fácil. Su mente volaba de un lugar a otro. Siempre Elena estaba presente. Sus juegos, sus investigaciones. No podía dejar de pensar en todo lo que ésta había trabajado en el proyecto de fin de carrera. El tema era el juego en los tiempos primitivos.

Ana acarició la ficha que tenía colgada del cuello. El tacto le rememoraba largas noches de risas y divertidas peleas. Era de piedra, como se supone que debe ser una ficha de la edad de piedra. Reconstruir aquel juego del que no quedaban en todo el mundo más que un manojito de piezas, comprender sus normas y a través de él, resolver el misterio de la mente humana, era la ilusión truncada de la joven. Ana participaba activamente en las inventadas partidas. Le gustaba hacer trampas y burlarse después del enfado de su compañera. Lo justificaba diciendo que como psicóloga era muy importante estudiar el comportamiento del ser humano ante el fracaso. Elena se ponía echa un basilisco. Odiaba perder incluso en un juego de la edad de piedra.

Ana intentó apartar estos pensamientos de la mente. Se conectó a la red. Quizás curiosear las obras de los nuevos artistas incluidos en oya-es.net conseguiría relajarla.

Aún se estaba cargando la página cuando el programa de correo le avisó de un e-mail urgente.

No tenía ningunas ganas de leerlo. Se imaginaba que era otro compañero de facultad con un nuevo pésame. No se sentía con fuerzas.

Así a todo el aviso permanecía en la pantalla, justo por encima de un cuadro terrible, repleto de sangre y horror, de un desconocidísimo Jorge Canais. Era más de lo que nadie podía soportar después de un funeral.

Ana cerró la página web y atendió el e-mail.

Lo leyó una vez y otra y se vio obligada a volver a leerlo.

-Diego Méndez- murmuró.

Aquel nombre le sonaba de algo. No podía recordar de qué.

-Si pudiera aclarar un poco mi mente- se dijo.

Decidió que volvería leer el e-mail esta vez en voz alta.

-“Estimada Ana:

Supongo que me recordará. Soy Diego Méndez. Es muy importante que me reciba. Es urgente que hable con usted sobre un proyecto de investigación completamente revolucionario, novedoso, incluso diría que increíble. Estamos a un paso de revolucionar la historia. Precisamos de la colaboración de todas las mentes brillantes de la universidad.

La he estado llamando durante toda la tarde. Como no contesta al teléfono, le he enviado este mensaje para que se ponga en contacto conmigo lo más rápidamente posible”.

Ana giró la cabeza hacia el contestador. Efectivamente la lucecilla parpadeaba incesantemente.

-Diego Méndez. La universidad- comenzaba a recordar.- Un tipo enorme, con mucho pelo. Del departamento de antropología, si no me equivoco.

Estaba segura que no. Incluso podría jurar que aquella misma tarde había estado en los actos organizados por la universidad en memoria de Elena. ¿Qué demonios querría de ella aquel sujeto? Ella no era una científica. Solo una estudiante de psicología y no especialmente aventajada.

-¡Mentes brillantes!- repitió leyendo el mensaje- ¡Menudo fantasma!

Lamentablemente Ana sabía que su mente distaba mucho de ser brillante.

-Si no fuera porque no da el tipo, pensaría que trata de ligar conmigo.

A todas luces Diego Méndez no encajaba con el prototipo de conquistador. Era un hombre de una enorme envergadura, de unos 40 años, o quizás algo menos, sumergido en una maraña de pelo negro. Quizás tras esta se escondiese un joven apuesto de rasgos agradables. Ana no era muy brillante pero tampoco una estúpida. Aunque las facciones de Diego Méndez fueran suaves y delicadas, cosa que dudaba mucho, eso no rebajaría ni un ápice el nivel de desagrado que despertaba en ella.

-Es su boca- se dijo- siempre está crispada.

La joven pulsó el botón del contestador. Una voz profunda y cavernosa retumbó contra las paredes de la habitación.

Diego Méndez solicitaba una cita a la desesperada. O era un excelente actor o realmente tenía un verdadero interés por entrevistarse con la muchacha.

-¡Alucinante!- es lo único que se le ocurrió declarar.

La voz del hombre recitaba lentamente los números de un teléfono cuando sonó el timbre de la puerta.

Ana se sobresaltó.

Permaneció inmóvil en la silla escuchando como el mensaje del contestador terminaba. El timbre volvió a sonar. Una vez, dos veces. Ana miró el reloj. Eran casi las once. Unos golpes llegaron desde la puerta. Alguien llamaba con los nudillos.

La chica tragó saliva. Se levantó de la silla.

En su cabeza se agitaba una única idea. Estaba sola. Elena había muerto. No había nadie más que ella en la casa.

-¡Mierda!- se dijo estrujándose las manos.

En aquel instante se preguntó porque no había regresado al pueblo para preparar los exámenes al lado de sus padres.

-Pude haber ido a dormir con Maite- pensó dándose nuevas alternativas que ya no podía utilizar.

Ana suspiró. Se estaba comportando como una tonta. Solo tenía que acercarse a la puerta y ver quien llamaba. No tenía porqué abrir. Estaba protegida, tenía un teléfono, había vecinos.

Ana tenía miedo. Estaba aterrada.

-¡Es ridículo!- se dijo encaminándose hacia los golpes.- ¡Voy a echar un vistazo!

-¿Ana Gómez? Soy Diego Méndez. Quisiera hablar con usted. ¡Es importante!

Los pasos de la joven se detuvieron en seco. Un escalofrío le recorrió la espalda de arriba abajo. El mensaje de aquel tipo aún se hallaba en la pantalla del ordenador. Su voz grabada una docena de veces en el contestador y ahora su propio cuerpo detrás de la puerta.

La chica temblaba ostensiblemente. No conseguía razonar porqué. Sobreponerse al pánico que la dominaba, le costó unos dos minutos. Durante ese tiempo la voz del hombre cubierto de pelo no dejó de sonar ni un solo instante. Fue la preocupación de que no molestara a los vecinos la que le ayudó a dar el paso final. Recorrió el espacio

que la faltaba para llegar a la puerta. Tomó aire y acercó el ojo a la mirilla. Lo retiró de un solo brinco.

Una masa de vello aporreaba la puerta congestionada y cubierta de sudor. El pánico que había conseguido contener, la invadió de nuevo.

-¿Está usted ahí? Puedo oír su respiración- dijo el hombre.

Ana ya no podía permanecer más tiempo en silencio. No permitiría que aquel sujeto pensase que era una mujer cobarde, de esas que se asustan por una simple araña. Se tragó el miedo de un solo bocado. Aún tenía la garganta completamente seca cuando habló. Intentó que su voz aparentase tranquilidad y quizás algo de sueño, de este modo podría explicar la insólita demora.

-Soy Ana. Estaba acostada ¿Qué es lo que desea?

-Es muy importante que hable con usted. Como ya le dije en los mensajes que le dejé, se trata de un proyecto científico sin precedentes. ¡Una revolución sin paliativos! ¡La historia a nuestros pies! ¿Comprende lo que quiero decir?

Obviamente el hombre estaba más que excitado. La muchacha hubiese querido contestarle, sencillamente, que no entendía ni una sola palabra, que se largara y la dejase en paz. Puede que la curiosidad fuese la culpable de no haber cortado inmediatamente aquella conversación a través de la puerta.

-¿Qué tiene que ver todo eso conmigo? Yo no soy científica y mal que me pese y aunque usted diga lo contrario, nadie se peleará por mi cerebro cuando muera.

Diego Méndez calló un instante. Intentaba buscar las palabras justas que convencieran a la chica para que abriese la puerta. No sabía él que esto le iba a resultar más que imposible. Ana ya se había decidido a permanecer pertrechada y segura dentro de su hogar, sin visitas intempestivas.

-A Elena le interesaría- musitó el hombre como si no estuviese convencido de haber dicho lo correcto.

Ana pegó un brinco.

-¿Elena? ¿Qué tiene que ver Elena con esto?

El hombre sonrió aunque la joven no pudo saberlo. Había acertado de pleno. El tono de voz de Ana indicaba que su nivel de interés iba en aumento. Diego Méndez se arriesgó a jugar una nueva carta.

-Estoy en el pasillo gritando. No me gustaría molestar a sus vecinos. Ábrame la puerta y se lo contaré todo detenidamente. No se arrepentirá. ¡Se lo aseguro!

Una mano menuda y blanca se acercó al picaporte. Lo rozó con sus dedos. Quitó el seguro de la puerta. En el último segundo se detuvo. Retrocedió unos pasos.

-Es muy tarde- dijo la joven- Podemos quedar mañana en su despacho. ¿Está usted en el departamento de antropología, verdad?

El hombre cubierto de vello golpeó con rabia el suelo. Por un momento pensó que había conseguido ablandar a la muchacha.

-¡Mañana será demasiado tarde! ¿No lo comprende? Esta noche es la indicada. ¡Tiene que ser esta noche!

El hombre estaba poniéndose realmente nervioso. Ana se pensó si sería mejor llamar a la policía para que se marchara.

-Si estuviera Elena aquí. ¡Ella estaba loca de emoción por el proyecto! ¡Ella habría colaborado sin pensárselo dos veces!

Ana suspiró. Era cierto. Aunque ella no sabía si Elena mantenía una relación especial con su colega de facultad, no hubiese dudado en embarcarse en un proyecto que alguien le presentaba como revolucionario. La cuestión era que ya no estaba, no

podía lanzarse a la aventura de la que tanto gustaba. Había muerto en un absurdo accidente de tráfico.

-Haremos una cosa- dijo al fin la joven- Dentro de un cuarto de hora quedamos en la cafetería que hay en la acera de enfrente. ¿Le parece bien?

El hombre sonrió. Por el tono de voz, Ana se percató de ello.

-¡De maravilla! ¡Venga de prisa! ¡No tenemos mucho tiempo!

Fueron sus últimas palabras. La chica se lanzó sobre la mirilla de la puerta, justo para ver como el antropólogo desaparecía escaleras abajo.

El peligro se desvanecía con él.

El reloj del salón dio las 11. Parecía que habían transcurrido horas y no minutos desde que Diego Méndez había aparecido y desaparecido de su vida.

-Antes de bajar tengo que hacer una llamada.- pensó.

Era una estupenda idea. La curiosidad la había vencido y la empujaba irremisiblemente hacia el hombre cubierto de vello. Quizás en cualquier otra ocasión hubiese ignorado la perorata histérica del antropólogo. Sin embargo aquel era un día especial. El primer día sin Elena. No se sentía como siempre. Parecía que le faltaba algo. Tenía un terrible hueco en el alma y también en el estómago. Esperaba poder llenar aquel terrible y gélido vacío con las cálidas sensaciones de la emoción. De todos modos una llamada a Maite era más que pertinente. No podía enfrentarse al enemigo sin saber algo más de él. Ella era compañera de Elena. Si alguien podía explicarle la relación entre ambos, esa era Maite.

-La llamo, bajo a la cafetería y que sea lo que Dios quiera.

La suerte estaba echada. Ya había tomado una decisión. Ahora el destino seguiría su curso a través de truculentos y oscuros caminos hacia lo desconocido.

II

Se vistió un jersey de cuello cisne y se colgó el bolso del brazo cerrando la puerta. No había sacado nada en limpio de la conversación con Maite. Esta había aportado pocos datos sobre Diego Méndez que ella no conociese. Maite mantenía que aunque era un tipo huraño, no era mala persona. Había sido profesor suyo y le había ayudado mucho en su proyecto de fin de carrera.

-“En el fondo es un buen tío – le había dicho- Solo por el hecho de que pertenezca a una secta rara, no es motivo para darle de lado.”

Ana no sabía nada de lo de la secta. Sus creencias religiosas poco le importaban. Le interesaba la relación que mantenía con su amiga.

-¿Trabajaron en algo juntos?- le había preguntado.

-No que yo sepa. Elena estaba absorbida por su proyecto sobre el juego en los tiempos prehistóricos. No creo que tuviese tiempo para nada más.

Ana era de la misma opinión. Se le antojaba extraño que su amiga hubiese mantenido contacto con el hombre y que nunca se lo hubiese comentado.

-¿A que vienen todas estas preguntas?- se preocupó Maite.

La muchacha le explicó con todo lujo de detalles lo que le había sucedido.

-Ahora mismo voy a bajar a tomar algo con él en la cafetería de enfrente a casa.

-¡Caray!- exclamó Maite- ¿Estás segura que es sensato?

-¿No me acabas de decir que no es mal tipo?

-Hombre, no. Pero después del espectáculo que te ha montado, estoy dispuesta a revisar mis opiniones con respecto a él.

-Voy a ir. Tengo reconocer que estoy intrigadísima. No parece un tipo muy imaginativo, capaz de inventarse una película solo para tomar un café con una chica.

-No, en eso estamos de acuerdo. ¿Qué te parece si después te vienes a dormir a casa? No me parece que sea buena idea que pases sola esta noche.

Ana se lo pensó durante unos segundos.

-Alguna vez tendré que empezar. Además no sé a que hora terminaré de hablar con este sujeto. No me gustaría tener que despertarte.

-Déjate de chorradas. Si estás nerviosa te vienes a mi casa aunque sean las cuatro de la mañana. ¿De acuerdo?

-Vale. Tengo que irme.

-¡Ten cuidado, por favor! Todo lo que me has contado suena a cosa de locos.

Ana prometió cuidarse antes de colgar el teléfono.

Bajó por las escaleras profundamente excitada. Le daba el corazón que le esperaban emociones muy fuertes. Sentía cierto temor, alojado en el fondo del estómago, mas la curiosidad le rebosaba por cada poro de la piel.

Al contrario de lo que había pensado, la cafetería estaba bastante concurrida. Esto contribuyó a relajarla considerablemente.

En la mesa más al fondo del local, un impaciente Diego Méndez contemplaba la puerta al tiempo que sus dedos tamborileaban sobre una taza de café.

Ana maldijo la elección del rincón.

-No podía ponerse a la vista. ¡Tenía que sumergirse en las profundidades del bar, allá donde no pueden vernos!

La chica avanzó lentamente hacia el hombre. Este sonrió forzosamente, haciéndole gestos para que se apresurara.

-Bueno. Aquí estoy- dijo la muchacha intentando que su voz no temblase.

PARA ADQUIRIR EL RESTO DE LA OBRA

www.librototal.net

OTROS

Por Milagros Oya



www.librototal.net